

Radicalmente

*“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno
conduce a mucho más allá de lo que se piensa:
no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”.*

S.S. San Pío X



Hace falta una cruzada de verticalidades

31 de julio, 2017 II.31

***“Estamos en Guerra por nuestras almas y las almas de aquéllos que amamos.
Estamos en guerra por el alma de esta cultura y de esta nación;
y como cualquier soldado, tenemos que entrenarnos para luchar bien.”***

Krisis: Escucha Israel...

(Una sola cosa es importante: ¡cristo!)

—Abuelo amado —dije— dame una orden.

Tú sonreíste y pusiste la mano sobre mi cabeza. No era una mano sino un fuego multicolor. Y este fuego llegó hasta las raíces de mi espíritu. —Llega hasta donde puedas, hijo mío.

Tu voz era grave, sombría, como si saliese del profundo abismo de la tierra. Llegó hasta las raíces de mi cerebro, pero mi corazón no se había enternecido.

—Abuelo —grité entonces con voz más recia—, dame una orden más difícil, más cretense.

Y, bruscamente, no bien lo había dicho, una llama desgarró el aire, silbando.

El antepasado indómito de cabellera entrelazada con raíces de tomillo desapareció de mi vista: sólo quedaba en la cumbre una voz hecha para ordenar y que hacía temblar el aire:

—¡Llega entonces hasta donde no puedas!

Carta al Greco

¡Llega hasta donde no puedas! Toca el mismísimo techo del cielo, arroja tu pecho sin cobardías y sin flojeras más allá de las estrellas, hiende tu puño en el costado del que está sentado a la derecha. No es la pobreza -pura añadidura-, ni el pobre, ni el desharrapado: ¡es Cristo! No es el penitente, es Aquél al que se ha agraviado; no es el ser perdonado, es Quién perdona lo que importa. Es al Cristo a quien defiendo con mi sangre y mi rabia.

¿Sufren... ellos? Su sufrir no les faculta a lacerar, a pisotear las redenciones. Es contra el sacrílego contra quien revienta. No es que se coman y beban su propia condenación porque les da la gana -eso es asunto suyo-; es el ultraje a la blanquísima Hostia que Le encierra lo que es asunto nuestro, imío! La más mínima posibilidad de verle profanado es lo que subleva, ¡iquema!

¿No es esa la primaria enseñanza que hay que clavar en el corazón del seminarista? ¿No es esa la bandera, la causa que nos enrola?: "*¡Tratádmelo bien, tratádmelo bien!*", decía, entre lágrimas, un anciano Prelado a los nuevos Sacerdotes que acababa de ordenar".

—¡Señor!: ¡Quién me diera voces y autoridad para clamar de este modo al oído y al corazón de muchos cristianos, de muchos!

¡Escucha Israel ¡Escúchalo bien porque nada más importa! "*Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se la repetirás a tus hijos, les*

hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas."
¡Te las encajarás con clavos curvados en tus entrañas!

Y lo remacha Jesucristo, el Yo soy encarnado. Vociferar a cada seminarista, hasta destrozarles el tímpano, de ellos y de nosotros, lo que alguien dijo que eran Sus motivos: "Cristo quiere, desde el primer momento, que quede claro que Él no pide «un poco más de amor», que «su» amor no es «ir un poquito más allá de lo que señalaría la justicia», sino hacer, por amor, lo contrario de lo que exigiría la justicia, yéndose al otro extremo por el camino del perdón y del amor. Estamos, efectivamente, en el centro de la locura. Es decir: en el centro del cristianismo¹. Cristo te quiere todo, todo a ti, con demencia infinita, con egoísmo de reclamos, solamente para Él. Y si no es por Él que mueres, si ésa que llamas la justicia, el acarreamiento humano por más noble que lo colorea, Le antecede, ¡a Él!, en ti, maldito seas.

No me hables, Israel, de desarrapados -entiéndeme bien, no quiero equívocos, me refiero a los pobrecitos del brío y del aliento-, si no tienes en el alma, primero, al Nazareno; si no es Él lo que te aprieta. Cuando te consagren, y salgas a la calle sin disfraces -quiero reconocerte cuando me pases por el costado-, con el alzacuello, el traje negro para que todos sepan quién eres y puedan detenerte; cuando tropiecen el tú y el tú, un Cristo frente al otro Cristo, no mires los bolsillos ni al vestido; búscale la angustia en sus pupilas, sonríele, y date...dátele todo sólo porque el segundo mandamiento sea semejante al primero que es el que gobierna.

Seminario es taller. Taller del alfarero, donde se crean las vasijas que de Él se tienen que llenar del fondo al tope; que lo que se recibe, *ad modum recipientis*

recipitur, toma la forma del recipiente que lo contiene. Nunca, el viejo adagio, de mayores certezas.

Y no concierne si a las vasijas hay que quebrarlas, o si hay que desecharlas antes de entregárselas a Él; ni el tiempo que haya volcado el alfarero en ellas: incumbe su hermosura, importan del barro sus honduras, importa para el licor que vierta en labios del sediento.

"El Reino de los Cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana (...) Id también vosotros a mi viña (...) Salió al caer la tarde (...) Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: Llama a los jornaleros (...) Hemos aguantado el peso del día y el bochorno (...) Toma lo tuyo y vete...". Toma lo tuyo; o vete. "¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos?" ¿Y qué interesa si el arrojarle afuera ocurre al amanecer, o si han transcurrido diez mil jornadas?

A unos, talentos y ciudades; a otros, vete. Salió un obispo a consagrar sus sacerdotes, era a la caída de la tarde, había oscurecido, se iban a cerrar tras ellos, ya, las puertas del seminario. "La suprema alegría de ser un sucesor de los apóstoles -copio a Fulton Sheen- es el poder de ordenar, engendrar, otros sacerdotes. Por el celibato se nos niega la generación física, pero imponer las manos de un joven y a consagrar sus manos con el poder de perdonar los pecados y ofrecer el cuerpo y la sangre de Cristo constituye una generación espiritual de orden divino. Esto trae una carga, porque Dios hace caer sobre nosotros la responsabilidad que derivaría la ordenación de aquellos que son indignos. Siendo obispo de Rochester, rechacé algunos diáconos que me presentaron para su ordenación. Sentí al examinarlos, así como por haberlo observado en mis visitas al seminario, que sus intenciones no eran buenas. Cuando se supo la noticia del rechazo de

algunos miembros de la clase, la madre de uno de los jóvenes me dijo: "gracias a Dios que no ordenó a mi hijo. No era digno de ser sacerdote". Otros miembros de la clase vinieron y me preguntaron: "¿Cómo usted lo supo? Su juicio fue acertado". Unas pocas vistas, un cuidadoso examen; el ojo avizor, el corazón alerta de un buen obispo, bastaron, y basta. No eran dignos.

¡Te hablo de santidad! Porque... "en Jesús, el amor no es una aportación teórica, no es el consejo de un moralista, una especie de "superávit" del ser humano. Para Jesús el amor no es una actitud moral, ni siquiera la suprema actitud moral, es una verdadera ontología, una condición imprescindible para "ser"². ¡O santo, de las uñas a la coronilla... o a la calle! Recuerdo nítidamente aquel otro obispo noble, en aquella Argentina de mis ocupados pasos: cuando le preguntaron la cantidad de sacerdotes que le hacían falta, respondió tajantemente: "Me faltan doscientos sacerdotes, y me sobran doscientos sacerdotes".

¿La medida? El cáliz. "Fijémonos –escribe san Juan Crisóstomo– en cómo la manera de interrogar del Señor equivale a una exhortación y a un aliciente. No dice: "¿Podéis soportar la muerte? ¿Sois capaces de derramar vuestra sangre?", sino que sus palabras son: ¿Podéis beber el cáliz? Y, para animarlos a ello, añade: Que yo tengo que beber; de este modo, la consideración de que se trata del mismo cáliz que ha de beber el Señor había de estimularlos a una respuesta más generosa".

Del seminario curas, no floripondios. Van a ordenarse, y serán otros Cristos, el de ásperos pies, encallecidas manos del trillar de la mies, de un hueco enorme como grieta en la roca del costado. No me los trates como niñas, ni como si fueran imprescindibles; mándales, con voz ronca y recia; dales una orden más difícil, más cretense. Que lleguen hasta donde no puedan más, o me los echas, a los flojos, a

los jorobaditos, a los indignos; que esos, no atañe si poquitos o muchos, no hacen falta.

¿Traer? Es Él, y no nosotros, el que los trae. *Rezad para que "Él" envíe. Sólo pedir. Sólo rezar que traiga cuantos y a quienes quiera. Lo nuestro es el barrer con el mezquino, con el pobrecito desorientado, con el que ha saltado el vallado, y con la rata que intenta hacer entre nosotros cueva. Lo nuestro es el rezar grande con mazo pequeñito, pero sin que nos tiemble el puño: "Voluntad. —Energía. —Ejemplo. —Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos... Sin esto, ni Cisneros hubiera sido Cisneros; ni Teresa de Ahumada, Santa Teresa...; ni Iñigo de Loyola, San Ignacio... ¡Dios y audacia! —"Regnare Christum volumus!"* Y ese reino y ese rey es lo único que incumbe; lo único que, para ellos, y para nosotros, buscamos y queremos. Las margaritas no son para los puercos.

Jorge J. Arrastia.

1 Martin Descalzo

2 *ibid.*

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.

Jorge.